

#### IV

*Ite missa est!* Se acabó la misa mayor y la antigua iglesia quedóse vacía. Afuera, ya en el pórtico, los asistentes se diseminan y esparcen. Y al franquear la nave oscura, donde entrevieran, según la sencillez de su fe, el gran misterio de la inevitable muerte, les brinda su acogida un mediodía soleado y luminoso.

Con la boina ya puesta, los hombres descenden por la escalera exterior; las mujeres, más tardías en dejarse alucinar por el señuelo del firmamento azul, conservan aún bajo sus velos negros algo del misterio de la iglesia, saliendo al pórtico en grupos negros y movedizos; algunas se han detenido para llorar ante una fosa del cementerio, recientemente cerrada.

El viento Sur, que es el gran hechicero del país vasco, sopla dulcemente. El otoño de ayer ha huído, ya se le ha olvidado. Cruzan el aire hálitos tibios, vivificantes, más sanos que aquellos aromosos de Mayo impregnados del perfume del heno y de las flores.

Dos mujeres de aquellas que cantan y piden por las carreteras, se apoyan á los muros del

cementerio, entonando al son de una guitarra y una pandereta una antigua seguidilla española, que deja escuchar los acentos ardorosos y morunos de la vecina frontera.

En medio de esta embriaguez de un Noviembre meridional, más deliciosa en esta región que la embriaguez misma de la primavera, Ramuncho baja de los primeros á acechar la salida de las monjas para acercarse á Graciosa.

También ha esperado la salida de misa el vendedor de alpargatas, para exhibir en medio de las rosas de las tumbas su calzado de algodón adornado de flores de lana. Los hombres, atraídos por las vistosas bordaduras, se acercan, rodeán dolo para probarse el calzado y para elegir entre los varios colores.

Las abejas y las moscas zumban como en el mes de Junio; la región se torna, por algunas horas, por algunos días, mientras sopla aquel viento, luminosa y cálida. Las montañas, que han tomado tintes violentos de ocre y verde oscuro, parecen ahora haber avanzado, aproximándose hasta inclinarse á plomo sobre la iglesia; las casas de la aldea destácanse muy distintas, resplandecientes de blancura bajo su capa de cal; las antiguas moradas pirenaicas, tan altas, con sus balcones de madera, sus muros y sus trabazones de vigas á usanza de otros tiempos. Hacia el Sudoeste, la parte vi-

sible de España, la cima empinada y rojiza, familiar á los contrabandistas, se deja ver muy próxima, irguiéndose y destacándose en el azul del cielo nítido y puro.

Graciosa no salía aún, retrasada sin duda con las monjas en el cuidado de algo referente al altar. En cuanto á Franchita, que nunca tomaba parte en la fiesta de los domingos, se alejó para emprender de nuevo el camino de casa, silenciosa y rígida, después de decir adiós con una sonrisa á su hijo, á quien no volvería á ver hasta la noche, después de terminado el baile.

Un grupo de jóvenes, entre los que se veía al Vicario, que apenas ha acabado de quitarse sus ricos ornamentos, se ha formado á la entrada de la iglesia en pleno sol y parece meditar graves proyectos. Están en el corro los más vigorosos jugadores de la comarca, la flor de los más ágiles y fuertes. Conciertan un partido de pelota para la tarde y llaman á Ramuncho, que viene pensativo á confundirse entre ellos. Algunos ancianos se aproximan también, y les rodean, con las boinas muy metidas, ciñendo la blanca cabeza y las caras de monje, afeitadas; son los campeones de otros tiempos, aún orgullosos de sus éxitos de antaño y seguros de que se respetará su opinión al tratarse de este juego tan popular y al cual los éuskaros se entregan con ardoroso entusiasmo, convirtiendo en campo de

honor el sitio de la pelea. Después de una breve discusión, ha quedado concertado el partido : sería á *blé* con guante de mimbre; los elegidos como jugadores, divididos en dos bandos, son el Vicario, Ramuncho y Arrakoa, hermano de Graciosa, contra tres famosos campeones de los pueblos vecinos : Joaquín, de Mendiazpi; Florentino, de Ezpeleta, é Irubeta, de Hasparra...

De pronto salió de la iglesia el *cortejo fúnebre* y pasó cerca del grupo; pasó negro y triste en medio de esta fiesta de luz, arcaico, con sus amplias capas, sus copillos y sus velos. Todas aquellas gentes, al desfilar así, evocan el recuerdo de la Edad Media, cuya sombra se cierne sobre el país vasco todavía. Y sobre todo, hablan de la muerte como hablan de ella las pesadas losas sepulcrales que cubren el suelo de la nave, y los cipreses y las tumbas y todo lo que se ve en ese sitio á donde van á orar los hombres; la muerte, ¡ siempre la muerte... ! Pero una muerte muy dulcemente vecina de la vida, bajo la égida de los antiguos y consoladores ritos... Porque la vida es aquí, en esta región, la soberana de todo, y se muestra lo mismo en los ardientes rayos de sol que doran el cementerio, que en los ojos de los niños que juegan entre las rosas del otoño; igual en el sonreír de las muchachas que, cuando acaba

la misa, vuelven á su casa graciosas é indolentes, y en los músculos de esos jóvenes atletas que van á todas horas á ejercitar sus recios miembros jugando á la pelota... Y de esa agrupación de viejos y de mozos en el pórtico de una iglesia, de esa mezcla tan felizmente armoniosa de la muerte y de la vida, brota la sabia lección bienhechora, la enseñanza prudente que induce á gozar oportunamente de la fuerza y del amor; y después, sin obstinarse en perdurar y en vivir para siempre, á someterse á la ley universal de pasar y de morir, repitiendo con fe, con la esperanza de mejores venturas — como hombres sabios y sencillos, — las mismas oraciones que adormecieron en el sueño de la eternidad las agonías de los antepasados.

El sol de mediodía irradia con esplendores indecibles en el lugar donde los muertos reposan. El aire delicioso, embriaga al respirarlo. No empaña el horizonte pirenaico ni una nube, ni un jirón de gasa gris; parece que el viento Sur ha traído á la tierra eúskara la limpidez diáfana del cielo de Andalucía ó de África.

Junto á las tapias del Camposanto seguían cantando sus seguidillas, al son de la pandeleta y de la guitarra, las mendigas españolas, y sus coplas, en alas de ese viento tibio, parecían verter sobre los muertos la sutil ironía retozante de aquéllas. Los muchachos y las

jóvenes pensaban en el baile del anochecer, sintiendo agitarse, unos y otras, el deseo y el entusiasmo de danzar y divertirse.

Al fin salieron las monjas, tan esperadas por Ramuncho; con ellas iban Graciosa y su madre, Dolores, que lleva aún luto de viuda y medio esconde su rostro tras un tupido velo negro de crespón.

¿Qué podía maquinar Dolores con la Buena Madre? Como Ramuncho sabe que las dos mujeres son sus enemigas, se inquieta viéndolas juntas. Se han detenido para hablar á distancia de las niñas y piensa el mozo en tanto que lo que se dice es, sin duda, importante y secreto; sus mantos negros, tan parecidos, flotantes como capuchones de carruaje, se acercan hasta juntarse y las dos mujeres hablan bajo la cubierta que aquéllos forman; dijérase que cuchichean dos fantasmas al abrigo de una minúscula y negra bóveda... Ramuncho tiene el presentimiento de que algo hostil y contrario á sus deseos se empieza á tramar entre esos dos mantos perversos.

Concluído el coloquio, se adelantó Ramuncho y se llevó la mano á la boina, saludando tímido y receloso, delante de Dolores, cuya dura mirada adivinaba desde luego bajo el velo. Esa mujer era la única persona en el mundo que tenía el poder de paralizar su energía, y sólo en

su presencia sentía el peso de ser hijo de padre ignorado y de no llevar otro apellido que el de su madre.

Ahora, sin embargo, con gran sorpresa del muchacho, acogióle ella más cariñosa que de costumbre, y con voz casi afable le dijo: « Buenos días, Ramuncho. » Se llegó él entonces cerca de Graciosa y le preguntó con repentina ansiedad:

— ¿Estarás esta noche, á las ocho, en la plaza para que bailemos?

Hacia algún tiempo que todos los domingos abrigaba el temor de verse privado de bailar por la noche con la chica. Durante la semana no la veía casi nunca. Ya que se iba haciendo hombre, era llegada la ocasión de aprovecharse tan liberalmente como pudiera del baile en la plaza, sobre la hierba, al fulgor de las estrellas ó de la luna.

Habían empezado á amarse hacía cinco años, cuando los dos eran todavía niños. Y aquellos amores, que el despertar de los sentidos vino á su tiempo á confirmar, se habían convertido para ellos en algo soberano y exclusivo.

Jamás habían pensado en decirse estas cosas: ¡ las sabían tan bien !; nunca habían hablado los dos del porvenir, que no les parecía posible á menos que ellos fuesen el uno para el otro. Y el aislamiento de la aldea en la montaña en que vivían, y acaso la hostilidad de Dolores

á sus ingenuos proyectos, inexpresados aún, estrechaban su afecto más y más.

— ¿Estarás esta noche á las ocho en la plaza para que bailemos?

— Sí... — respondió la joven, rubia como las mieses, levantando hacia su amigo sus ojos tristes, un poco azorados, pero que delataban una ardiente ternura.

— ¿Pero... seguramente? — preguntó de nuevo Ramuncho, inquieto de la expresión medrosa de esa mirada.

— ¡ Sí, seguramente !

Entonces se tranquilizó, contando una vez más con el placer que se le esperaba, pues sabía que el prometer Graciosa una cosa, equivalía á tenerla. Con tal seguridad, el tiempo le pareció más hermoso, más a. egre el domingo, la vida más encantadora...

La hora de la comida llamó á los vascos á sus casas ó á las tabernas, y bajo el brillo un poco pálido del sol del mediodía, el pueblo quedó desierto en pocos minutos.

Ramuncho fué á la sidrería, que frecuentaban los contrabandistas y los jugadores de pelota; allí se acercó á una mesa, con la boina siempre echada sobre la frente, encontrándose de nuevo con Arrakoa, Florentino, dos ó tres más de la montaña y el sombrío Itchúa, el jefe de todos.

Tenían preparada una comida de día festivo: pescados del Nivelles, jamón y conejos. En el primer término de la sala, espaciosa y deteriorada, contiguas á las ventanas, estaban las mesas y los bancos de encina para los concurrentes; en el fondo, las enormes cubas llenas de sidra nueva.

En la cuadrilla de Ramuncho, que está allí atenta á la mirada penetrante de su jefe, reinan una constante emulación de audacia y una afección completa y recíproca y fraternal. Y, más que nunca, en las excursiones nocturnas, comparten los camaradas por igual la vida y la muerte, disputándose riesgos y fatigas como hermanos.

Perezosamente echados de codos sobre la mesa, entorpecidos en el bienestar y el reposo, después de las fatigas de la noche, y ante la idea, en tanto que aguardan la comida, de saciar su excelente apetito, se quedan silenciosos al principio, levantando apenas la cabeza para mirar por los cristales á las chicas que pasan. Dos son muy jóvenes, casi niños, como Ramuncho: Arrakoa y Florentino. Los otros, como Itchúa, tienen rostros curtidos y ojos encapotados bajo la arcada frontal, que no indican ninguna edad; su aspecto, no obstante, revela un pasado de luchas incesantes, con la obstinación pertinaz de seguir aquel oficio de con-

trabandista, que á los que son poco hábiles apenas si les proporciona un pedazo de pan.

Despertando poco á poco de su mutismo ante los manjares humeantes y la dulce sidra, hablaron luego, entrecruzando ligeras las palabras, rápidas y sonoras, con el timbre ruidoso de la *r*. Hablan y se regocijan en su misteriosa lengua, de origen tan ignorado, que á los hombres de otras naciones de Europa paréceles más remota que la mongólica ó el sanscrito.

Recuerdan historias nocturnas, episodios de la frontera, ardidés novísimos y estupendas estratagemas con los carabineros españoles. Itchúa, el jefe, más bien que hablar, escuchaba; su voz profunda, de chantre de iglesia, no se oía sino de vez en cuando. Arrakoa, el más elegante de todos, desentonaba un poco de sus camaradas de correrías (se llamaba Juan Detcharry, pero no era conocido sino por ese apodo heredado por los hijos primogénitos, desde los abuelos más lejanos). Oficiaba de contrabandista por afición, por fantasía, pues, dueño de buenas tierras, no tenía necesidad alguna de dedicarse á tales faenas.

Era de cara fresca\* y agradable; con el bigote retorcido y en el mirar no sé qué del gato zalamero y engañoso; gustaba de cuanto vence y se impone, de lo que deleita, de lo

que brilla; quería á Ramuncho por sus triunfos en el juego de pelota, y le hubiera dado la mano de Graciosa por el simple placer de contrariar á su madre, Dolores. Florentino, el otro amigo íntimo de Ramuncho, era, por el contrario, el más humilde de la partida; mozo atlético y muy rubio, casi rojo, de frente ancha y baja, de hermosos ojos dulces, resignados, como los de la raza bovina, sin padre ni madre ni otra cosa en el mundo que un traje raído y tres camisas de algodón rosado; únicamente cifraba su ventura en querer á una huerfanita de quince años, pobre como él y como él sencilla y modesta.

Finalmente, Itchúa se dignó dejarse escuchar á su vez. Y contó, en tono de confidencia y de misterio, una historia que pasó en los tiempos de su juventud, en una noche oscura, en territorio español, en las gargantas de Andarlaza. Apresado por dos carabineros, pensó en escaparse, y á hurtadillas, sin que pudieran notarlo, sacó su puñal para hundirlo al azar en uno de aquellos pechos, en cualquiera; todo ello duró medio segundo, lo que tardó en entrar bruscamente la hoja de acero en la carne resistente; después ¡zás! el cuchillo en la herida, un chorro de sangre caliente quemándole en la mano, un hombre por tierra y él, él huyendo entre las rocas escarpadas y negras.

¡Y la voz que relata la escena con espantable tranquilidad es la misma que desde hace muchos años entona fervorosamente todos los domingos *la liturgia* en la vieja Iglesia, con acento tan sonoro y solemne que parecía impregnada de un carácter religioso y casi sagrado...!

— ¡Por la Virgen! ¿Qué se va á hacer al verse cogido? — añadió el narrador escrutando con la mirada las de sus compañeros, emocionados, con los ojos brillantes y fijos, — ¿qué se va á hacer cuando á uno le cogen...? ¿Qué importa en este caso la vida de un hombre? ¿Dudaríais vosotros en hacer otro tanto si os viéseis presos...?

— Seguramente que no — respondió Arrakoa, queriendo dar á su voz infantil un color de fiera, — seguramente que no. ¡En esas circunstancias, dudar ante la vida de un carabinierno...!

Florentino, con su carácter bonachón, desaprobó esa conducta desviando los ojos: él sí dudaría; no mataría: la expresión de su rostro lo dejaba entrever con claridad.

Y dirigiéndose á Ramuncho, con entonación peculiar, dícele Itchúa: — ¿Dudarías tú? ¿Verdad que no, que obrarías como yo?

— ¡Ah! sí, de seguro — contestó Ramuncho con aire de subordinación; — sí, por supuesto...

Pero su mirada, como la de Florentino, equívoca de la mirada pertinaz del jefe. Aquel hombre le causaba una especie de terror; le amedrentaba la imperiosa y fría influencia á que tan por completo vivían sometidos; la porción dulce y delicada de su naturaleza despertábase inquieta y en rebeldía.

En pos de la historia se siguió un silencio. Itchúa, disgustado del efecto de su narración, propuso que se cantase; así se cambiarían las ideas lúgubres por otras más alegres.

La satisfacción material que trae el fin de una buena comida, la sidra trasegada al estómago, los cigarros que humean y las canciones que empiezan, reaniman bien pronto en aquellas cabezas juveniles la confianza jubilosa. Además, estaban entre ellos los hermanos Iragola, Marcos y Joaquín, jóvenes de la montaña que cae sobre Mendiazpi y que son versolaris de gran fama entre los pueblos del contorno; no estará mal oírles improvisar, no importa sobre qué asunto, lindas composiciones que cantarán al mismo tiempo.

— Vamos á ver — dijo Itchúa, — supon- gamos que tú, Marcos, eres un marino que quiere pasar la vida en el Océano y busca en América la fortuna; tú, Joaquín, harás de labrador que prefiere no abandonar su aldea y la tierra de sus amores. Y alternando, primero uno,

luego otro, discutiréis en estrofas de igual número de versos los placeres de vuestro oficio, cantándolas con la música del *Iru damachó*. Vamos, empezad.

Y los dos hermanos se miran, apenas vueltos el uno hacia el otro en el banco de encina en que se sientan; permanecen absortos un instante, durante el cual una imperceptible agitación de párpados, únicamente, revela el trabajo que hacen los cerebros: después, de repente, Marcos, el mayor de los dos, comienza la improvisación, que ya no se detendrá. Con sus caras afeitadas, sus hermosos perfiles, la barba prominente, que acentúa su relieve imperioso sobre los músculos poderosos del cuello, recuerdan, en su grave inmovilidad, los perfiles de ciertos rostros que se ven en las medallas romanas. Cantan con cierto esfuerzo de garganta, como el muezzín en la mezquita, con tonalidades agudas. Cuando el uno concluye su tirada de versos, el otro, sin interrupción y sin vacilación, le responde; cada vez se animan más sus almas y se enardecen; creeríaseles dos inspirados. Alrededor de la mesa de los contrabandistas, vense ya muchas boinas. Son las de otros tantos caseros que escuchan con admiración las cosas dulces ó filosóficas que los dos hermanos dicen, espontáneamente y sin abandonar las trabas de la cadencia y de la rima.

Cuando llegan á la estrofa vigésima, les interrumpe Itchúa para que descansen, y manda servir más sidra.

— ¿Pero cómo habéis aprendido eso — pregunta Ramuncho á los Iragola, — de dónde lo sacáis?

— ¡Puach! — le contestó Marcos, — ya sabes que es cosa de familia. Nuestro padre y nuestro abuelo fueron improvisadores á quienes se oía con gusto en las fiestas del país vasco, y nuestra madre era hija de un famoso versolari de Lesaca. Y todas las noches, al traer á casa los bueyes ú ordeñar las vacas, nos ejercitamos en la improvisación, y lo mismo hacemos al amor de la lumbre en las noches de la invernada. Así, todos los días, y con gran placer, componemos versos sobre un tema que uno de los dos imagina...

Cuando le tocó cantar á Florentino, éste, que no sabía más que los aires viejos de la montaña, entonó, en falsete, la canción de las quejas de la hilandera de lino; y Ramuncho, que la había cantado la víspera envuelto en el crepúsculo otoñal, volvió á ver el cielo entenebrecido, las nubes lluviosas, el carro de bueyes bajando allá lejos al valle melancólico y perdido, hacia la alquería solitaria... y súbitamente se sintió presa de una angustia inexplicable, la misma que de él se había apoderado antes; la

inquietud de vivir siempre y de pasar así la existencia en aquellas aldeas, bajo el peso de aquellas montañas; la noción y el confuso deseo del *más allá*; la incertidumbre de las lejanías ignoradas... Sus miradas, atónitas y fijas, se vuelven hacia adentro, muy á lo hondo, y durante algunos dolorosos minutos, se siente desterrado, sin comprender de qué patria, desheredado sin saber de qué, triste hasta el fondo del alma, po que entre él y los hombres que le rodean se han levantando de repente irreductibles diferencias hereditarias...

Son las tres. Á esa hora concluyen las Vísperas cantadas, último oficio religioso del día, y salen de la iglesia, con solemne recogimiento, como el de la mañana, las negras mantillas que ocultan lindos cabellos y flexibles talles de muchachas, y las boinas de lana, sombreando rostros rasurados y ojos vivos ó profundos, aún sumergidos en el sueño de las tradicionales centurias.

Es la hora en que van á comenzar los juegos, las danzas, el partido de pelota y el baile. Todo según la costumbre tradicional é inmutable.

La luz del día ya no es tan refulgente: brilla más suave, se siente llegar la tarde. La iglesia, ahora vacía, olvidada, donde flota el olor á incienso, se sume en el silencio, y el oro viejo del fondo arde misteriosamente en medio de



las sombras crecientes. La paz y la quietud se esparcen también alrededor, en el callado recinto de los muertos, por donde el vecindario va pasando ahora sin detenerse, con la prisa de dirigirse á otras partes.

De todos lados, de la aldea, de los caseríos próximos, de las chozas de los pastores ó de los contrabandistas, colgadas en lo alto de la áspera montaña, llegan gentes y más gentes al frontón. Se han reunido ya centenares de boinas vascas, todas semejantes, que ondulan aquí y allá; los caseros se aperciben á juzgar los lances de la lucha, á aplaudir ó á censurar como buenos conoedores; y discuten desde ahora las probabilidades, comentando el vigor de los jugadores y apostando gruesas cantidades de dinero.

También asisten las mujeres al partido, sin ningún parecido con las campesinas de las demás provincias de Francia; muéstranse elegantes, distinguidas, graciosas y ligeras en sus vestidos á la moda; algunas llevan, sin embargo, todavía un pañuelo de seda en el moño, prendido y dispuesto á manera de cofia; otras, con la cabeza descubierta, llevan el cabello arreglado según el gusto del día; las más dejan ver unos ojos hermosísimos que se cobijan bajo largas y pobladas cejas... El frontón, espacioso y de ordinario un poco triste, se llena los domingos de una multitud animada y alegre.

La menor aldea en la región vasca tiene su frontón, grande, bien conservado, y en general, cerca de la iglesia, rodeado de árboles.

Pero el lugar donde estamos es, puede decirse, el centro más afamado de los jugadores franceses, de los que son célebres tanto en los Pirineos como en América, de los que hacen frente en los mejores partidos internacionales á los campeones de España. Por eso, el frontón es hermoso y amplio, en contraste con la aldea tan humilde y aislada. Cubren el piso grandes losas, entre las cuales asoma por las junturas la yerba acusando la vejez del suelo y dándole un aire de abandono y descuido. Á ambos lados de la cancha levántanse graderías para los espectadores, de rojo granito de la montaña próxima, y que ahora están adornadas por las escabiosas de otoño. En el fondo se eleva el mural ón monumental que recibe el golpe violento de las pelotas y sobre el cual se ve un frontis redondo, á manera de silueta de cúpula, con esta inscripción medio borrada por el tiempo : « *Blaidka haritzea debakatua.* » (Se prohíbe jugar á blé.)

Y es á blé, sin embargo, á lo que va á jugarse; pero la venerable inscripción se remonta á los tiempos del esplendor del juego, degenerado ahora, como degeneran todas las cosas; había sido puesto el aviso para conservar la tradición

de los partidos de rebote, que exigen más agilidad y fuerza y que casi no se ha perpetuado más que en Guipúzcoa.

Mientras la gradería de asientos se llena, está vacía aún la cancha, con sus losas enverdecidas por el moho, que han visto saltar y correr, en el andar de los tiempos, á los hombres más ligeros y vigorosos de la comarca. El sol de otoño, al declinar, la calienta y dora. Por sobre los espectadores sentados, algunas encinas dejan caer sus hojas secas. Desde el frontón se ven, allá abajo, la iglesia erguida y los tristes cipreses, el rincón sagrado desde donde los santos y los muertos parecen de lejos mirar y proteger á los jugadores, interesarse en ese juego que apasiona aún y que caracteriza á toda una raza...

Al fin han saltado á la arena los pelotaris, los seis campeones, entre los cuales descuella, con su negra sotana, el vicario de la parroquia. Con ellos aparecen otros personajes: el que canta los tantos, los cinco jueces, elegidos entre los conocedores de diferentes pueblos, para intervenir en las jugadas dudosas y algunos otros llevando alpargatas de repuesto para los jugadores y pelotas para cambiarlas durante el partido. En la muñeca derecha átanse los jugadores con correas el guante, una cesta de mimbre que tiene la forma de una uña grande y corva la cual prolonga el antebrazo y que fabrica en

Francia, únicamente, un cestero de Ascain; con el guante se coge, se lanza y se vuelve á lanzar mil veces la pelota, dura como una bola de madera.

Ahora se ensayan los jugadores probando las pelotas; escogen las mejores, desentorpecen, haciendo tantos que no son del partido, sus brazos de atletas. Después se quitan la chaqueta y el chaleco que confían al espectador predilecto; Ramuncho le lleva aquellas prendas á Gaciosa, sentada en primera fila, en la grada de abajo. Excepto el sacerdote, que jugará un tanto embarazado por su traje talar, muéstranse gallardos los campeones, prestos al combate, el torso libre bajo una camiseta de algodón color de rosa ó amoldado y ceñido en un jersey ligero de punto.

El público conoce muy bien á los jugadores y seguirá la contienda con ardor, excitándose en favor ó en contra de ellos.

En este instante, el pueblo parece animado por el espíritu de las pasadas épocas; por ese espíritu, esencialmente vasco y legendario, que palpita en las horas de esperanza, en los instantes críticos de la vida, ardoroso y entusiasta, bajo la sombra imponente de la Gizune, la montaña ingente que vierte una sombra de encanto crepuscular sobre el espectáculo.

El partido empieza entre las melancolías del

poniente. La pelota, lanzada con toda la fuerza de los brazos, vuela, hiere el muro con golpes secos y sonoros, rebota y surca el aire con la velocidad de una bala.

La pared central, redondeada por arriba, destacándose sobre el fondo del cielo como un festón de cúpula, se corona poco á poco de cabezas de muchachuelos, pequeños vascos con sus boinas, los jugadores del porvenir, que como pájaros en vuelo se precipitan veloces y atrapan la pelota cada vez que ésta, lanzada por lo alto, pasa por sobre el muro para ir á caer á campo raso.

Poco á poco, á medida que los brazos ó las piernas de los luchadores se aligeran en la embriaguez del movimiento y del esfuerzo, el partido se anima y acalora. Ramuncho ha sido aclamado varias veces; y también el vicario, con el aire peculiar que le dan sus vestiduras tal res, con sus actitudes de atleta y sus saltos de felino, promete descollar entre los que se disputan la victoria.

He aquí la regla del juego: cuando uno de los jugadores pierde la pelota, no contestándola, es un tanto que el adversario gana (ordinariamente se juega á sesenta tantos). Después de cada tanto elregonero grita á plena voz en su lengua milenaria: «*Tantos* el saque; *tantos* el resto... » Y su largo y sonoro clamor

se cierne sobre la numerosa multitud que aplaude ó desaprueba.

En el frontón disminuye y se contrae paulatimamente el sector dorado y enrojecido por el sol; la sombra crepuscular va invadiéndolo; cada vez más la enorme pantalla de la Gizune lo domina todo y vierte su proyección sobre el campo circunstante; parece querer encerrar en el pequeño rincón del mundo que yace á sus pies la vida estrecha, pero característica y ardiente de estos montañeses, resto de un pueblo misterioso y único sin analogía entre los pueblos. La sombra, silenciosa y tranquila, reina bien pronto como soberana; solamente á lo lejos brillan aún algunas cumbres, descollando sobre los ennegrecidos valles, con reflejos de violeta y rosa.

Ramuncho ha jugado como nunca; atraviesa uno de esos instantes en que se sienten las fuerzas regeneradas y el cuerpo aligerado derrocha con deleite verdadero su exuberantes energías. Arrakoa, en cambio, ha flaqueado y el vicario se ha visto dos ó tres veces enredado en la estrecha sotana, y el bando enemigo, poco antes de vencida, ha logrado rehacerse y, peloteando con fortuna, recuperar nuevos tantos; entonces, al ver que la contienda es reñida, que el partido se disputa valientemente, crecen los clamores del público y vuelan los boinas por los

aires, arrojadas á lo alto por manos entusiastas y vibrantes de emoción.

El partido se ha igualado; se oye el grito de « á cincuenta iguales », seguido del de « ¡ adelante las apuestas, dad algo para que beban jugadores y jueces! » Es esta la costumbre inmemorial que señala un instante de descanso, durante el cual se trae vino á la cancha, pagado de los gastos del procomún. Los jugadores se han sentado; Ramuncho, con el sudor empapándole la camiseta, se acerca á Graciosa, que le guarda la chaqueta y el chaleco. Se ha sentado también, pidiéndole á su amiga que soltara las correas que sujetan á su brazo, congestionado por el ejercicio, el guante de madera, mimbre y cuero. Y descansa orgulloso de su éxito, no encontrando alrededor sino sonrisas de felicitación, sobre todo en los rostros de las muchachas, que le miran complacidas. Pero divisa allá abajo, al lado opuesto de la pared central del frontón, por el sitio por donde la obscuridad avanza, el conjunto arcaico de las casas vascongadas, la humilde plaza del pueblo con sus arcadas blanqueadas de cal y sus viejos plátanos podados; después, el campanario de la iglesia, y dominándolo todo, en lo más alto, aplastándolo con su inmensidad, la masa abrupta de la Gizune, de donde surgen las sombras que vierten sobre la aldea solitaria la

impresión del crepúsculo prematuro... Realmente entristece esta montaña, aprisiona, oprime... Y Ramuncho, en medio de su triunfo, se siente conturbado por ese sentimiento, por esa furtiva y vaga atracción del *más allá*, con tanta frecuencia mezclada á sus penas y alegrías...

El partido se reanuda; los pensamientos del joven se esfuman y se pierden en la embriaguez de la lucha que vuelve á comenzar. Á cada instante suena el *clac*, como un latigazo, de la pelota; su chocar seco contra el guante que la lanza ó contra el muro que la recibe, y el ruido que hace, dan por sí solos idea de la fuerza desplegada en el ejercicio. La pelota, furiosamente de pedida por brazos juveniles y poderosos, botará y rebotará hasta que el crepúsculo cierre por completo. Á veces los jugadores la detienen en una volea formidable, la atrapan en el aire y la devuelven, con un choque capaz de romper músculos que no fueran los suyos. Con mayor frecuencia, seguros de sí mismos, la dejan tranquilamente tocar en tierra, casi morir sin dar el bote. Diríase que ya no pueden cogerla, cuando ¡*clac!* se oye otra vez el choque del guante, y vuelve á salir despedida, lanzada en el crítico instante, á punto aún, gracias á una maravillosa precisión de vista, y la pelota va á herir la pared, siempre con la velocidad de una bala... Cuando pasa sobre las gradas, por

encima del montón de boinas y de moños con sus pañuelos de seda, las cabezas se bajan como si las segase el viento que produce al pasar; no se la puede tocar ni detener; mientras vuela por los aires hay derecho á contestarla; después, cuando el tanto se ha perdido, cuando aquélla ha muerto, alguno de los espectadores la coge y la devuelve á la cancha con un golpe hábil que la lleve al alcance de los jugadores.

El atardecer se extiende, cae; los últimos resplandores de oro se difunden con serena melancolía sobre las crestas más altas del país vasco. Un silencio más y más profundo debe reinar en la desierta iglesia y las seculares imágenes se mirarán unas á otras á través de la invasión de la noche en las naves... ¡Qué triste melancolía la del fin de los días festivos en las aldeas solitarias, cuando el sol huye y se esconde!...

Ramuncho sigue siendo el campeón por excelencia, el triunfador del partido. Los aplausos, los gritos, redoblan y excitan su afortunado atrevimiento en las jugadas; á cada *quince* ganado, los hombres, en pie sobre el granito centenario de la gradería, le aclaman con furor meridional...

El último tanto, el sesenta... Es para Ramuncho y el partido ha sido ganado por él y por los suyos...

Entonces, súbitamente, penetran en la cancha

todos los que ocupaban el anfiteatro de piedra, agolpándose alrededor de los jugadores, repentinamente inmovilizados en actitudes de fatiga y abandono. Ramuncho desata las correas del guante en medio de una turba de admiradores entusiastas; por todos lados le acosan con enhorabuenas, y para estrechar la suya avanzan por doquiera rudas manos, mientras que otras le golpean cariñosamente la espalda.

— ¿Has hablado á Graciosa para bailar luego? — le dice Arrakoa, que en este instante sería capaz de hacer por él cuanto le pidiera.

— Sí, la he hablado al salir de misa... y me ha prometido venir al baile.

— ¡Tanto mejor!... Tenía yo temor de que no se lo consintiera la madre... pero de todas maneras, te lo aseguro, se habría arreglado el asunto.

Un robusto anciano, de espalda cuadrada, de mandíbulas también cuadradas, de rostro imberbe de monje, delante del cual se hablaba con respeto, se acercó también á Ramuncho: es Aramburu, un jugador de otros días, célebre en sus tiempos, hace medio siglo, y que en América, jugando al rebote, ganó una pequeña fortuna. Ramuncho se sonroja de placer al oír la felicitación del anciano, tan difícil de contentar en cosas del juego.

Y allá abajo, en pie sobre las gradas rojizas que van quedándose vacías, entre la hierba y las escabiosas de Noviembre, su amiga, que se marcha con otras jóvenes, se vuelve para enviarle una sonrisa, y con ella un tierno y gracioso adiós. Ramuncho, en este momento, es en verdad el héroe, el semidiós á quien todos admiran como cosa sobrenatural. Todos se enorgullecen de conocerle, de ser sus amigos, de ir á buscar su ropa, de hablarle, de tocarle.

Después, con los otros pelotaris, se dirige á la posada próxima, donde esperan los trajes de remuda para los jugadores. Allí los amigos más íntimos les friccionan y enjugan el busto, inundado en sudor.

Y un instante después, Ramuncho, elegante con su camisa blanca, la boina terciada y graciosamente puesta, sale á la puerta, bajo los plátanos podados en forma de bóveda, para gozar de su triunfo, para ver el desfile de la gente y seguir recogiendo felicitaciones y sonrisas.

El día otoñal ha declinado por completo; ya es de noche. Por el aire, tibio y dulce, cruzan los murciélagos. Unos en pos de otros, van marchándose los campesinos de las cercanías; hasta diez carricoches, ya enganchados, encienden sus faroles y se zarandean con tintineo de cascabeles para desaparecer en breve por los

estrechos caminos de los valles hacia las caserías alejadas del contorno. En la penumbra límpida se ve á las mozas, las hermosas muchachas, sentadas en bancos delante de las casas, bajo el arco de los plátanos podados, como si fuesen as indecisas y claras, manchas blancas y rosadas que forman sus trajes festivos en el tinte del crepúsculo; y aquella otra, azul pálido, que Ramuncho contempla desde lejos, la del vestido nuevo de Graciosa... Por encima de todo, colmando el horizonte, destácase la Gizune, confusa y sombría, como si fuese el centro y la fuente de las tinieblas que poco á poco van difundándose y triunfando. En la iglesia, las piadosas campanas tocan el *Angelus*, y recuerdan con sus sonos la soledad de las tumbas, los cipreses que rodean el campanario, el gran misterio del cielo, la oración y la muerte inevitable.

¡Qué tristeza la del fin de los días de fiesta, en la aldea lejana, en el otoño y cuando el sol se extingue!... Y es que saben muy bien estas gentes, tan dichosas con los humildes placeres del día, que hay en las ciudades fiestas más brillantes, más hermosas y que no pasan tan veloces; pero la fiesta de hoy tiene algo de particular, es la fiesta de su país, de su propio país, y nada podría reemplazar estos furtivos instantes, en los que habían pensado tanto y por

tantos días... Los novios, al marcharse cada uno por su lado hacia sus casas, esparcidas en las laderas de los Pirineos, parejas que mañana reanudarán su existencia monótona y ruda, se miran antes de separarse, se miran en la tarde muriente con ojos apenados que dicen : « ¡ya se ha concluído el domingo, cuán poco dura !... »

---

## V

Son las ocho de la noche. Los jugadores, excepto el Vicario, han cenado en la sidrería presididos por Itchúa; después de llenar el estómago, se han entretenido matando el tiempo envueltos en las nubes grises del humo de los cigarrillos de contrabando y escuchando las improvisaciones maravillosas de los hermanos Irigola, de la montaña de Mendiazpi. En tanto, afuera, en la calle, las muchachas, en grupos, del brazo unas de otras, pasaban por delante de las ventanas, entreteniéndose en mirar á través de los ahumados cristales las sombras redondeadas de aquellas cabezas cubiertas con boinas...

En la plaza se oyen los primeros compases del baile tocados por una pequeña banda; y los mozos, los chicos, todos los del pueblo y también algunos de la montaña que se han quedado á la diversión, acuden en bandadas impacientes.

El baile se mueve sin cesar á la luz de la luna nueva, cuyos cuernos, en el alto cielo, parecen descansar allá arriba, ligeros y delgados, sobre la